

El cofrecito dorado

En una gran casa de oro vivía un padre con muchos hijos. Un día dijo a uno de sus hijos varones: “Ha llegado el momento de que inicies tu viaje.” Lo llevó a una escalera larga que conducía hacia un sendero desconocido. Lo acompañó un trecho de los escalones y luego le dijo: “Ahora debo abandonarte. Sólo una cosa puedo darte, la cual debes cuidar con esmero”. Y entregó a su hijo un cofrecito dorado, que el joven guardó entre sus ropas. “Llévalo siempre contigo. Te guiará y te amparará, pero no has de abrirlo hasta que regreses aquí conmigo.”

Con estas palabras se despidieron padre e hijo, y éste último bajó la infinidad de escalones que aun quedaban. Cuando llegó al último volvió la mirada, pero cuál fue su asombro al ver que la escalera había desaparecido. En vez se levantaba una alta pared, empinada y negra, sin ninguna puerta de entrada. Y delante de él se extendía una gran superficie ondulante: el mar…

Se quedó parado allí, sin posibilidad de ir ni hacia atrás ni hacia adelante. Sentía angustia en su corazón…. De pronto vio que algo se acercaba

desde el agua. Era un bote, pero sin remos, ni timón, ni mástil. La barca tocó la playa con suavidad, y parecía invitarlo a subir.

"Ya que no hay otro camino", pensó el hijo, "subiré." Y valientemente saltó al bote, que inmediatamente se puso en movimiento.

Pronto ganaron el mar abierto, y desapareció el negro paredón de su vista. Al principio la travesía era tranquila pero de a poco se levantó una franca brisa. Entonces las olas se vistieron de blancas crestas, moviendo el bote de un lado al otro. Y creció el viento, hasta volverse tormenta y por fin, tornado, sacudiendo a la pequeña embarcación como a una cáscara de nuez.

El hijo sintió que perdía sus sentidos, y lo único que lograba hacer era aferrarse al bote. De pronto sintió un fuerte sacudón: el bote había tocado una roca. Como se hiciera una grieta, comenzó a llenarse de agua y a hundirse.

El hijo se dio cuenta de que, si no salía de allí, se hundiría. Tomó coraje y saltó al mar bravío, apretando con fuerza el cofrecito contra su corazón, ya que no quería abandonarlo por nada. Ni bien se confió a las olas, sucedió algo maravilloso: la tormenta se calmó, las olas comenzaron a fluir en una sola dirección y el cofrecito le hizo sentir que estaba portado por fuertes y protectores brazos.

Sería difícil decir cuánto tiempo estuvo nadando. Por fin las aguas lo llevaron a la costa de una isla grande. Ni bien arribó, se vio rodeado de una gran multitud que, exaltada, exclamaba: "¡Un rey! ¡Un nuevo rey!" Y antes de que pudiera tomar conciencia, le habían colocado una corona y habían rodeado su espalda con un maravilloso manto. Lo llevaron en andas, mientras crecía el júbilo y las exclamaciones. Tanta gente se había reunido que ahora

formaban una caravana. Como caídos del cielo surgieron músicos que tocaban la flauta y los tambores.

Al llegar este desfile a destino, se prepararon las mesas para un banquete y se sirvieron deliciosas comidas. Todos iban y venían, charlaban y reían, brindaban y nadie parecía darse cuenta de que el recién llegado estaba allí, con ojos interrogantes, casi espantados. Pronto no pudo entenderse palabra alguna en la sala, ya que el estruendo de la música se hacía insoportable.

El hijo aun no se había recuperado del gran viaje azaroso. Se sentía desorientado en ese tumulto.

Mientras miraba a su alrededor, vio que en el medio de esa multitud desenfrenada había un hombre silencioso y solitario. Debía tener mucha edad, ya que su cabello y su barba eran completamente blancos. Parecía triste y a la vez era bondadosa la sonrisa con que miraba al nuevo rey. El hijo se levantó, y sin que nadie lo notara, se acercó al anciano, indicándole que deseaba hablarle.

Se dirigieron a un aposento lejano. "¿Podrías decirme tú acaso el significado de todo esto?", preguntó el hijo con insistencia.

"Sí, puedo, mi rey", contestó el viejo con seguridad y muy serio.

"¿Es cierto que soy rey?", preguntó el hijo que no salía de su azoramiento.

"Sí, lo eres, pero sólo por poco tiempo." Entonces el anciano le contó que cada año llegaba un forastero a la isla, y que se le permitía actuar a su antojo y placer. Era el rey, y podía utilizar y disfrutar lo que a un rey corresponde, y

hasta el menor de sus deseos se veía satisfecho. “Pero después de un año”, dijo el anciano bajando la vista, “toda esta maravilla llega a su fin, exactamente doce meses después. Llega entonces la misma gente que lo había recibido con tanto júbilo, pero esta vez para echarlo del trono, arrancarle la corona y quitarle su manto real. Pobre como había venido, debe dirigirse a la costa del mar. Y llega entonces un bote, sin tripulación, en el cual no se puede permanecer ni parado ni sentado, solo se puede viajar acostado. Este bote lo lleva a un solitario islote, donde todo es vacío y gris, solitario y silencioso. Ningún árbol, ningún arbusto, ni siquiera un pastito crece allí. Ninguna lombriz se mueve en la arena, ninguna mosquita existe en el aire y ningún pájaro ha cantado allí jamás… Así es el final.”

“Pero eso es horrible,” exclamó el joven rey. “¿Para qué me sirve, entonces, este festejar portentoso, esa música estruendosa? Dime, ¿no hay otra alternativa que el viaje al islote solitario?”

“Te he dicho lo que me es permitido decirte,” dijo el anciano, “lo demás debes descubrirlo por ti mismo. Pero es un buen signo que me hayas preguntado el primer día. Esto, hasta ahora, no lo había hecho ninguno de los nuevos reyes.” Y mientras así decía, un destello de alegría iluminó su mirada.

El joven rey agradeció de corazón al anciano. Luego pensó: “Si ya soy su rey, entonces deben sentirlo.” E inmediatamente ordenó que cesara la fiesta y que todos los cocineros, bodegueros, payasos y músicos regresaran a sus casas. Solitario, se recluyó en su aposento. Meditó acerca de todos los acontecimientos extraños que había vivido y decidió enfrentar sin temor aquello que le aguardaba. Antes de dormirse, guardó el cofrecito que tan fielmente lo había guiado en el mar, debajo de la almohada.

Durante la noche tuvo un extraño sueño: escuchó una voz que le parecía familiar; ésta le decía: "¡Vete a los pobres, a los enfermos, a aquellos que estén solos!"

Cuando despertó, aun oía cual eco las palabras nítidamente, y se le grabaron en el corazón. Y fue por eso que alejó de su lado a todos aquellos que, con servilismo, deseaban adularlo. Nada quiso saber de la carroza tirada por caballos blancos que le aguardaba para un paseo de placer. Eligió un carruaje simple y llevó consigo únicamente a un médico y a un siervo como ayudantes.

Y siguió el consejo recibido durante el sueño. Se acercó a la choza de los pobres, a los lechos de los enfermos, y bajó a oscuras celdas donde padecían los prisioneros. Muchos de ellos habían sido olvidados por todos los hombres. Indescriptible era toda la miseria: durante días, semanas y meses estuvo ocupado en mitigarla. En su corazón sonaban las palabras del sueño y no le permitían tregua.

Los habitantes del castillo estaban desconcertados. "Ni nos damos cuenta de que tenemos un rey", murmuraban. Mas esto era muy distinto en los alrededores de la isla: tantos rostros se iluminaron como si el sol brillara por primera vez para ellos…

Así pasó algo más de medio año. Siempre que el rey se encontraba con el anciano consejero, éste lo miraba con ojos cordiales, alentadores. Esto inspiraba valor al rey, e intuía que había elegido el camino correcto.

Sin embargo, en el último encuentro, el anciano lo había mirado con preocupación. El rey decidió entonces preguntarle: "¿He hecho bien, o no?"

“Yo creo que has hecho bien,” contestó el sabio, “pero tal vez no se ha llevado a cabo todo lo que es menester…” Y allí se interrumpió, de manera que el rey se dio cuenta de que no quería, o no debía decir nada más. Pero… ¿qué más podía hacer? ¿Había dejado de ver algún pesar o penuria?

De pronto se acordó del cofrecito dorado y de que durante todo este tiempo no lo había vuelto a guardar debajo de su almohada. Así lo hizo esa noche. Todas las preocupaciones parecieron aliviarse, y se durmió. Y volvió a soñar, y a oír la voz familiar que le dijo: “Haz que se construyan embarcaciones. Equípalas con todo lo que brota y verdece, florece y puede dar frutos. Suéltalos para que naveguen mar afuera, allí donde el viento las lleva. Y que ningún tripulante esté a bordo.”

El rey despertó en el momento en que salía el sol. Cuidadosamente recordó todas las palabras que había escuchado y las guardó en su alma.

Ese mismo día reunió a los carpinteros y a los maestros constructores de barcos. Comenzó la labor acompañada de golpeteos y un trabajar tan asiduos que a todos les dolían los tímpanos. Y pareció casi un milagro cuando, uno tras otro, los barcos abandonaron la costa mar adentro, sin tripulantes, pero colmados de semillas de siembra y árboles frutales, y con todo lo que brota, verdece, florece y puede dar frutos.

Cada vez que un barco zarpaba, el rey se paraba allí, en la costa, acompañándolo hasta que se perdía de vista. Y no dejó nunca de visitar a los humildes, los enfermos y los solitarios. Por entonces, ya casi no había prisioneros en la isla.

Y finalmente llegó el día en el cual se cumplió un año de su llegada a la isla. El rey recordó todo aquello que le había contado el anciano. Y se preparó

para vivir lo que ahora acontecería. Llevaba debajo de su corazón al cofrecito dorado, y se arrodilló para decir su oración matinal. De afuera se percibían voces que crecían más y más; parecían el son de una tormenta.

De pronto se hizo el silencio. “Ahora vendrán”, pensó el rey, “para arrancarme todo lo que al rey pertenece. Que suceda lo que tenga que suceder…”

Mas al abrirse la puerta, entró por ella un solo hombre; era uno de aquellos que durante mucho tiempo había padecido en la prisión. Dijo: “Ha llegado la hora. Deberá cumplirse la ley de la isla. Debemos despedirnos de ti. Pero no haremos contigo lo que hemos hecho con los reyes que te antecedieron. No existe mano que pudiera arrancarte la corona y el manto real. Sé libre, y hazlo tú por tu voluntad; yo te acompañaré luego en el camino.”

Sin titubear, el rey procedió a hacer lo que la circunstancia exigía de él. Ataviado con las sencillas ropas con las que había llegado a la isla, salió del castillo. A la vera del camino que debía tomar, se había aglomerado una cerrada multitud. Todos permanecían en profundo silencio, testimoniando, de esa manera, su gratitud y amor.

Al llegar a la orilla, el hijo vio que el mar estaba tan quieto como la superficie de un espejo, no se movía brisa alguna. Pero allí se acercaba, movido por misteriosa fuerza, un bote. Al tocar éste la orilla, el hijo recordó nuevamente la gran ley de la isla, de la que había escuchado en aquel entonces, cuando recién había sido coronado. Así que obedientemente se acostó dentro del bote e inmediatamente se sintió rodeado como por un poderoso y maravilloso sueño.

No se podría decir cuánto duró la travesía. Despertó cuando el bote golpeó contra algo. Era la costa, y así supo que había arribado al solitario y desolado islote. Lentamente se incorporó, bajó del bote y dio unos pasos.

¡Mas cual fue su asombro al mirar a su alrededor! Allí no había desolación alguna… Pasto verde por doquier, árboles floridos que anunciaban frutos y cosecha, y en los campos crecía la verde siembra. Hasta había canto de pájaros, ya que tanto verdor había atraído a los cantores plumados en gran cantidad.

El hijo se frotaba los ojos. No podía ser éste el islote desolado y gris del cual le hablara el anciano. Seguro que seguía soñando.

Demoró en recordar a las naves que había enviado tiempo atrás. Éstas habían arribado el islote y manos invisibles habían dispersado la carga valiosa, portadora de nueva vida, de manera que la isla estaba totalmente transformada.

Justo comenzó a tomar conciencia de ello cuando dirigió su mirada al mar. Se conmovió al ver de pronto el alto muro negro que ya conocía. De pronto, fue apartado por una mano poderosa, y ante su vista, apareció la larga escalera. Y desde arriba escuchaba la voz de su padre que lo llamaba. Lleno de alegría inconmensurable, comenzó a escalar.

El padre le extendía los brazos. Y enseguida preguntó: "¿Has traído contigo el cofrecito dorado?"

"Sí, padre, lo tengo", contestó el hijo.

"¿Lo has abierto?"

“No”, contestó el hijo, “lo he dejado cerrado, tal como tú me lo indicaste.”

“Bienaventurado de ti, que has seguido mi mandamiento, pero ábrelo ahora.”

El hijo hizo como el padre le indicara. Y vio, en el fondo del cofrecito, la imagen de la casa paterna con todas sus salas doradas, y todos sus hermanos que entraban y salían o estaban sentados delante de las grandes mesas. Y todo eso, sin saberlo, lo había llevado consigo durante todo el tiempo transcurrido. Y sabía, de pronto, que había sido la voz del padre la que lo había aconsejado dos veces en su sueño.

Aun permanecía en maravillado asombro cuando habló el padre nuevamente: “Mira ahora también la tapa exterior del cofrecito, y también su lado interno.”

Y se reveló un nuevo milagro a los ojos del hijo: en el interior de la tapa se había configurado la imagen de toda la isla, con sus formas y colores, donde él había sido rey. Y hasta todas las personas que le eran familiares estaban allí, y se movían y vivían cuando él las miraba. El anciano, su consejero, le sonreía, y sus ojos hablaban en forma perceptible a su corazón.

También el padre sonreía bondadoso. “¿Ves?”, dijo a su hijo, “a todos ellos llevas ahora en tu cofrecito dorado, como antes has llevado tu casa paterna contigo. Cuanto más pienses en ellos con gratitud y amor, tanto más cerca de ti estarán. Has llevado a buen término tu andar. Y ahora ven a la casa paterna: es bueno que descanses antes de partir nuevamente…”

Anónimo.